

La otra cara de Jano

Francisco Castillo



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, informático, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original: *La Otra Cara de Jano*

Copyright 2012 ® Francisco Castillo Arenas

<http://laotracaradejano.blogspot.com.es/>

Copyright 2012 ® GoodBooks Editores S.L.

www.goodbooks.es

Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

Primera edición ebook febrero 2013

ISBN: 978-84-935791-7-3

Diseño de portada: Planet Market

A mi esposa

*El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el
Galveztown para quitarle el miedo.*

Bernardo de Gálvez.

Capítulo 1

Ruta Jackson. Treinta kilómetros al sur de Bagdad. 2004.

Echó un vistazo a su arma para asegurarse de que estaba a mano. No está tranquilo, tiene demasiada experiencia para eso y hace poco más de un mes enterró a un amigo, el sargento José Antonio Bernal, asesinado en la puerta de su casa en Bagdad en unas circunstancias que aun no se habían aclarado. Había sido el primer agente del Centro Nacional de Inteligencia que caía en Irak y deseaba que fuera el último. Miró su reloj, eran las 15.19 y el sol estaba bajando en el horizonte.

—¡Vega! ¿Cuánto falta para Diwaniya?

—Llegaremos antes de la noche. Vamos a 120 y hay poco tráfico.

El que ha preguntado es el comandante Carlos Baró. Tiene sólo 36 años, pero lleva en el país desde el final de la guerra y ya ha visto que los disparos no se acabaron con la proclama de victoria de las fuerzas americanas. Mira en derredor y sabe que la quietud del atardecer iraquí es engañosa. En la parte de atrás del coche viaja el comandante Rodríguez y el sargento Riera que mira el paisaje a través de la ventanilla escudriñando cada detalle.

Baró toma el Thuraya, el teléfono satélite que llevan en su Chevrolet Tahoe azul y llama al Nissan Patrol que les precede.

—¿Cómo va todo?

—Sin novedad. Rodamos bien.

La contestación es del brigada Egea, que ejerce de copiloto del comandante Martínez González. En el asiento trasero y sin

quitarle ojo a los coches con los que se cruzan, vienen el sargento Zanón y el comandante Merino. Estos son todos los agentes de campo que el servicio de inteligencia español tiene destacados en Irak. Tras la guerra, el gobierno ha mandado tropas para participar en la pacificación y en apoyo de los Estados Unidos y ellos son los ojos y los oídos de esas tropas. No pueden confiar en que el espionaje de los aliados haga su trabajo por ellos.

—¡Ah! Otra cosa—. Añade Egea antes de soltar el Thuraya

—¿Qué?

—Que se joda Alba por perderse este bonito paisaje de arena. Corto y cambio.

En los coches todos ríen con la ocurrencia, Alba es un joven agente que se había se había presentado voluntario para la misión y que es amigo de los menos veteranos del grupo. Problemas con su jefe inmediato hizo que este lograra apartarle del viaje por lo que Egea fue en su lugar.

—¿Cuál es el próximo pueblo? —Pregunta Riera dentro del Chevy.

—Latifiya—. Le contestan las dos voces al unísono de Vega y Baró.

Los cuatro ríen ante la coincidencia de voces. Tienen ganas de hacerlo. Es una forma de aliviar la tensión porque saben que corren peligro. Viajan camuflados con ropas civiles y con el vehículo sin blindar para no llamar la atención e ir más rápidos. La velocidad y la discreción son sus auténticas armas. Los ocho vienen de Bagdad, donde los veteranos han puesto en contacto a los cuatro de relevo con sus confidentes y fuentes de información. Lo que Baró ha visto en estos meses no le ha gustado y sabe que su familia se alegrará de tenerlo pronto de

vuelta, porque lo que le deja a los nuevos es un país desarticulado y donde la insurgencia cobra fuerza de día en día. Un avispero al que cada día se le sacude más patadas

Rodríguez se inclina un poco hacia Baró y le susurra algo al oído.

—Carlos... ¿me harías el favor de darle un mensaje a mi esposa cuando vuelvas?

—Lo que quieras.

—¡Mierda! —Grita el brigada Alfonso Vega con todas sus fuerzas.

Detrás de ellos, un Oldsmobile blanco ha acelerado intentado ponerse a su costado. De las ventanillas surgen brazos empuñando fusiles Ak 47 que comienzan a disparar al Chevy azul.

Los agentes del CNI empuñan sus armas, subfusiles HK MP7, un arma potente para su pequeño tamaño, pero muy inferior en poderío a los Kalashnikov. Esto lo sabe bien Vega, que hunde su pie en el acelerador. El Chevy se encabrita y sale disparado hacia delante dejando atrás al Oldsmobile. Baró busca el Thuraya, pero antes de que marquen ya han sobrepasado a sus compañeros del Nissan que aun no saben nada y siguen a la misma velocidad.

—¡Que nos atacan! ¡Hostias! ¡Nos atacan! —Gritan los cuatro agentes a sus compañeros del otro coche.

El comandante Martínez González se da cuenta en ese momento de la emboscada y aprieta el acelerador, pero el Oldsmobile le aventaja en inercia y potencia, le adelanta por la izquierda y los insurgentes les rocían el costado con gruesas balas de calibre 7,62 x 39. Alberto Martínez González, uno de los más valiosos agentes españoles en Irak, muere en el acto y a su lado queda muy malherido José Lucas Egea de un balazo en

la cabeza. El coche se para casi en seco con las dos ruedas del lado izquierdo reventadas.

El Oldsmobile sigue la persecución. Los del Chevy han visto como el Nissan ha quedado fuera de combate y no saben que les ha pasado a sus compañeros, lo que sí saben es que el Oldsmobile es un sedan y su coche un todoterreno y por lo tanto, más lento. Los segundos se hacen eternos aunque pasan en un suspiro. Los insurgentes apuran su acelerador, se colocan al costado de los españoles y repiten la acción, otro rocío de balas sobre el lado del conductor que acaba con la vida de Alfonso Vega. El vehículo queda sin control y se sale de la carretera dando tumbos hasta que queda atrapado por el fango de las pasadas lluvias cerca de unos ruinosos edificios de adobe. Los españoles que siguen vivos están conmocionados por las balas y los golpes.

—Venga, somos un blanco fácil.

El que habla es el comandante Merino y se dirige a Luis Zanón. Entre los dos ponen al cadáver aun caliente de Martínez en el asiento de atrás del Nissan junto con Egea que está muy mal. Ni hablar de dejar a ningún compañero atrás, tampoco delante. Ven como el Oldsmobile se ha parado en medio de la carretera y están disparando al Chevy. Merino se coloca en el asiento del conductor que está manchado por la sangre de su amigo y arranca. Con dos ruedas pinchadas, el Nissan avanza hacia el Oldsmobile para socorrer a sus compañeros y porque a esas alturas tienen ganas de pelea.

El sargento Zanón saca su brazo por la ventanilla con el HK en la mano y empieza a disparar, y para disgusto de los insurgentes también surgen disparos desde el Chevy, aun había españoles vivos allí. Suficiente, parecen pensar los iraquíes, y el

Oldsmobile se marcha quemando rueda, quizá temerosos de que a los occidentales les lleguen refuerzos de la coalición.

Zanón sale del coche y se dirige corriendo hacia el amasijo azul que es lo queda del Chevrolet. En el Nissan queda Merino que cambia el subfusil por el Thuraya mientras ve como el Oldsmobile ha parado más adelante. Los insurgentes les observan, quizá se lo hayan pensado mejor y quieran rematar la faena. Mientras piensa esto, marca frenéticamente el número de la central del CNI en Madrid, sus palabras quedaron registradas en las cintas de control.

—Aquí el comandante Merino. ¡Nos han atacado! ¡Tenemos al menos dos muertos! ¡Avisa a la Brigada! ¡Que manden helicópteros!

—Vale ¿Dónde estáis? —El operador del CNI, un pelirrojo pecoso recuerda su adiestramiento. En situaciones calientes, la cabeza fría. Comprende lo que pasa, las palabras de ese comandante suenan angustiadas y lo que dice no debe angustiarle a él.

—¿Dónde estáis? —Repite.

Suenan disparos y la llamada se corta. El Thuraya ha dejado de funcionar.

—¡Supervisora! —Grita en medio de la comfortable sala de la sede de Madrid—. Han atacado a nuestros agentes en Irak.

La supervisora se precipita hacia el puesto del chico y le pregunta.

—¿Dónde?

A miles de kilómetros de distancia, desde los edificios de adobe han comenzado a disparar a los españoles y esta vez no son un puñado de hombres con fusiles en un coche, sino toda una banda armada con ametralladoras y lanzagranadas que empiezan a escupir fuego sobre los cuatro españoles que quedan

capaces de luchar. Estos se miran de reojo mientras disparan, de nuevo, ni a uno sólo de ellos se le pasa por la cabeza el huir dejando solos a sus compañeros a merced de sus asesinos.

Baró coge el Thuraya del Chevy y llama a Madrid.

—Central, nos están atacando. Son docenas y nos tiran con todo, necesitamos ayuda.

El sonido de las ráfagas de ametralladora y de granadas llegan por la línea a Madrid. El pelirrojo estaba contactando por otra línea con la brigada española para mandar ayuda a donde sea, cuando le llamó Baró.

—¿Dónde estáis? ¡Me tienes que decir donde estáis!

Nuevas ráfagas de ametralladora. El pelirrojo se da cuenta de que Baró sigue disparando mientras habla y de que cada vez las explosiones son más cercanas.

—Estamos en la ruta Jackson, paralela a la autovía, no sé a qué altura. Te doy las coordenadas del GPS.

El pelirrojo escucha una nueva explosión y la conexión se corta. Sabe que en Irak unos compañeros están siendo asesinados, pero sin tener su posición su ayuda no va llegar a tiempo. Toda la sala hierve, gritos, llamadas a los Thuraya, a los americanos, a las tropas españolas, a toda tropa aliada que pueda estar en la zona. Todos quieren ayudar pero todos preguntan lo mismo. ¿Dónde están?

En el desierto iraquí el comandante Baró se levanta del suelo con el único ánimo que da el no querer dejar que le maten sin luchar. El Thuraya ha saltado en pedazos por un impacto de metralla que derribó al español y lo ha dejado magullado.

El fuego arrecia, pero los españoles no son los únicos en caer, varios de los iraquíes están tendidos en el suelo dando muestras de que los agentes del CNI disparan bien y no se rinden. Los insurgentes no se atreven a asaltarlos, pero no

tienen porqué tener prisa, saben que antes o después a los agentes se les acabará la munición y serán presa fácil. Baró también es consciente del problema, es el agente de mayor graduación y se siente responsable de sacar a sus hombres de allí.

—Zanón, Riera, id donde Merino y ved si podemos irnos en el Nissan.

Los dos agentes retroceden sin dejar de disparar mientras Baró les cubre, pero a medio camino se encuentran con Merino, con su mirada les indica que por ese lado no hay escape. Los tres suben a un talud para hacerse una idea de la situación y ven como la carretera ha quedado colapsada en ambos sentidos por docenas de vehículos parados, cuyos ocupantes han descendido para ver el espectáculo, y la mayoría no ocultan que están del lado de los insurgentes y gritan animándoles. Los españoles se sienten por un momento como cristianos en un coliseo romano y el público apunta con sus pulgares hacia abajo.

El comandante Carlos Baró ve como su munición se acaba y los iraquíes se dan cuenta de que cada vez espacia más sus disparos. Tiene que tomar decisiones, es su trabajo.

—¡Riera! Eres el que está más entero. Cruza la carretera y ve en busca de ayuda—. Grita Baró como jefe que es.

—No, no me voy.

—¡Te vas ya! Busca un teléfono o un coche para sacarnos de aquí. ¡Es una orden! ¡Cojones!

La mirada de Riera se cruza con las de sus tres compañeros en la oscuridad que comienza a reinar. Todos saben que los que se quedan están en las últimas, y que la marcha del sargento no es más que un amago de evitar la muerte de todos.

Riera corre, atraviesa la carretera mientras esquiva las balas que quedan a su espalda pero docenas de ojos están pendientes

de él y ahora ya lo ven como un blanco fácil porque su arma ya no dispara, está encasquillada. Mira en derredor, buscando un vehículo capaz de rescatar a sus compañeros del barro, pero lo que ve es una multitud que le acorrala. Una cercana Mezquita ha abierto sus puertas y los fieles ven el momento de poner en práctica la Yihaad con poco riesgo. Rodean al sargento. Este lucha, golpea a uno en la cara, otro le agarra del brazo, se revuelve hasta que le tienen sujeto. Le levantan. Alguien le arranca una medallita de la virgen que pendía de su cuello y las manos se abalanzaron hacia su cuerpo para despedazarle.

—¡Dejadle! —Grita en árabe una voz entre la multitud—
¡Dejadle! Es hermano mío.

A través de la turba se abre paso a codazos un hombre delgado, con traje algo viejo pero impecable. Se acerca hacia Riera y sin mediar palabra le besa en la mejilla. Con eso proclama públicamente su amistad con el aquel cuerpo magullado y al instante las manos que aferraban lo que queda del sargento español lo sueltan. La multitud deja de gritar y aquel hombre extraño acompaña a Riera hasta un taxi que ha quedado atrapado en el colapso de la carretera, lo mete allí y le dice algo a los oídos del conductor que Riera no acierta a entender y el taxi sale disparado en dirección a Bagdad esquivando a los coches parados y a la multitud que ha comenzado de nuevo a gritar. Ya es de noche y Riera no logra ver a sus amigos. Según su reloj apenas ha pasado media hora desde que comenzó el ataque.

Al día siguiente la cadena Sky News abría sus informativos con la imagen de un adolescente que hacia la señal de la victoria mientras pisoteaba el cadáver de uno de los agentes del CNI. Mas allá, se divisaba niños subidos en los restos calcinados de los dos coches y pateando los cuerpos desparramados del resto de los españoles. Algunos estaban muy juntos, como si hubiera

luchado hasta el final codo con codo. El reportero David Bowden preguntaba a los testigos y relataban como los extranjeros habían peleado como leones hasta el final.

En la sede del CNI en Madrid se ha reunido un gabinete de crisis. El presidente Aznar ya había sido informado de que habían atacado a los agentes de campo del CNI en Irak. Con una guerra impopular y las elecciones a la vuelta de la esquina eso le sacaba de quicio pero ver las imágenes en televisión de los cuerpos de estos mancillados había sido demasiado.

En los oídos del director del centro, Jorge Dezcallar, todavía resonaban las palabras de Aznar.

—¿Cómo puede haber pasado esto? ¿Cómo coño han emboscado a unos agentes secretos si se suponen que son secretos?

El presidente se dirigió a él por video conferencia. Pudo ver como le brillaban las gotas de saliva en el bigote.

Dezcallar está ahora reunido en la sala principal del edificio Estrella, con la plana mayor del centro que incluye a los jefes de las secciones

—Señores—. Habla el director—. Las evidencias nos dicen que el ataque ha sido premeditado. Soldados americanos ha descubierto dos trampas explosivas que no estallaron, pero que eran dos, como los coches de nuestros hombres. A esto se le une la muerte anterior del sargento Bernal y que los terroristas atacaron cerca de donde tenían refuerzos. Según Carl Jung las casualidades no existen y creo que tiene razón.

Todos asienten, pero Dezcallar los mira desolado. Él sabe para sus adentros que tenía que haber hecho el relevo de los agentes del CNI en Irak meses antes, porque algunos ya estaban quemados. Los presentes también son de la misma opinión, y algunos tienen dificultad para ocultar su desconfianza y

desprecio para con el primer director de origen civil que ha tenido la Casa.

“En eso estamos empatados”—. Pensó Dezcallar—. “Yo tampoco confío en vosotros y no creo que seáis capaces de encontrar a quién ha vendido a esos chicos”.